

Estudios de ciencias sociales del trabajo

**Alejandro Balazote y Hernán M. Palermo
(compiladores)**

Nicolás Germinal Pagura, Nora Goren, Virginia Manzano, María Florencia Girola, Paula Andrea Lenguita, Andrea Molfetta, Héctor Seco.

Estudios de ciencias sociales del trabajo

Estudios de ciencias sociales del trabajo

Alejandro Balazote y Hernán M. Palermo (compiladores)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Decano
Ricardo Manetti

Vicedecano
Graciela Morgade

Secretario General
Jorge Gugliotta

**Secretaría de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil**
Ivanna Petz

**Secretaría de Asuntos
Académicos**
Sofía Thisted

Secretaría de Posgrado
Claudia D'Amico

Secretaría de Investigación
Jerónimo Ledesma

**Secretaría de Hacienda
y Administración**
Leandro Iglesias

**Secretario de Hábitat
e Infraestructura**
Nicolás Escobari

**Secretario
de Transferencia
y Relaciones
Interinstitucionales
e Internacionales**
Martín González

**Subsecretaría de Políticas
de Género y Diversidad**
Ana Laura Martín

**Subsecretario de Políticas
Ambientales**
Jorge Blanco

**Subsecretaría
de Bibliotecas**
María Rosa Mostaccio

**Subsecretario
de Publicaciones**
Matías Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodríguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matías Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez Rosa
Graciela Palmas
Sergio Castelo
Aylén Suárez

**Directora
de Imprenta**
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Cátedra



ISBN 978-987-8927-65-7

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2023

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Estudios de ciencias sociales del trabajo / Hernán M. Palermo ... [et al.] ;
compilación de Alejandro O. Balazote ; Hernán M. Palermo. - 1a ed
compendiada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad
de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2023.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-8927-65-7

1. Ciencias Sociales y Humanidades. 2. Sociología del Trabajo. I. Balazote,
Alejandro O., comp. II. Palermo, Hernán M., comp.
CDD 306.36

In memoriam

Queremos dedicarle este libro a Silvana Campanini, docente, investigadora, intelectual, militante, compañera... Su fallecimiento inesperado el 11 de agosto de 2021 nos sorprendió a todos y a todas. Ser parte de este libro estaba entre sus proyectos. Campa, donde estés, hasta siempre.

Índice

Presentación	11
<i>Hernán M. Palermo y Alejandro Balazote</i>	
Temas introductorios	25
Desarrollo tecnológico, capital y trabajo en Marx	27
<i>Nicolás Germinal Pagura</i>	
Trabajo femenino, una historia de desigualdades e inequidades	67
<i>Nora Goren</i>	
Marginalidad, informalidad, precarización y economía popular	93
<i>Virginia Manzano</i>	
Reflexiones metodológicas	127
Aportes del enfoque etnográfico a los estudios sobre el mundo del trabajo y los/las trabajadores/as	129
<i>María Florencia Girola</i>	

Estudios de caso	147
El trabajo de las mujeres en la agrupación <i>Muchacha</i>, 1971-1972 <i>Paula Andrea Lenguita</i>	149
Reflexiones críticas	173
Cine comunitario, revolución molecular y nuevos comunismos <i>Andrea Molfetta</i>	175
Reseñas críticas	207
Aprendizajes, capacidades y desafíos del sindicalismo ante los problemas actuales del mundo del trabajo. La experiencia de los colectivos obreros en la gran industria <i>Héctor Seco</i>	209
Los autores	231

Aportes del enfoque etnográfico a los estudios sobre el mundo del trabajo y los/las trabajadores/as

Reflexiones en torno a una perspectiva de investigación desobediente

María Florencia Girola

Introducción

La investigación científica constituye un trabajo intelectual cuyo propósito primario consiste en la producción de un conocimiento original en torno a la realidad existente que se hace público; conocimiento provisional dado que versa sobre un mundo inconstante y por ende se encuentra en permanente (re)elaboración, con intención de aproximación a la verdad/veracidad (términos todos que sabemos controvertidos y polisémicos pero en los cuales no ahondaremos aquí). Si bien la pregunta en torno a qué poseen en común la investigación en ciencias físico-naturales y ciencias sociales ha sido continua desde la conformación de estas últimas como tal y las respuestas posibles a la misma variaron, podemos afirmar que los aspectos antes mencionados representan en la actualidad cierto horizonte compartido por ambas (García, 1994).

En tanto discurso sobre lo real, la argumentación científica posee rasgos particulares que la distinguen de la opinión

lábil, la creencia dogmática o la ficción imaginaria: se trata de un saber empíricamente fundamentado y abierto a revisión, construido bajo criterios de rigurosidad metodológica y profundidad teórica (Lahire, 2006). Severidad empírica, exigencia metodológica y persuasión argumentativa son los pilares distinguidos por este autor; quien también emparenta la actividad científica con la múltiple acepción del término *crítica*: por un lado la concepción epistemológica kantiana que la vincula con el examen de las categorías del/de la investigador/a y con la remoción de la *doxa*, de aquello arraigado y establecido; por otro lado, en el ámbito específico de las ciencias sociales, la crítica se alimenta de la tradición marxista —entre otras— y procura volcarse a la realidad sociohistórica para develar de formas de dominación. La producción de conocimiento crítico como propósito de las ciencias sociales constituye sin duda una perspectiva de larga duración. La denominada Escuela de Frankfurt, de desarrollo durante el período de entre guerras, articuló fuertemente la crítica social con el horizonte de la emancipación, marcando una orientación que aún permanece (Corcuff, 2015).

Según la terminología utilizada por los organismos del sistema argentino de ciencia y técnica, la denominada investigación básica produce resultados que salen a la luz bajo el formato de tesis académicas, artículos en revistas indexadas y exposiciones en eventos científicos, a fin de nutrir —principalmente aunque no de modo exclusivo— la discusión entre pares (Padawer, 2020). La investigación básica en ciencias sociales será el foco de atención en este escrito. Su interés principal es desplegar una reflexión, más cercana a una fase inicial que concluyente, sobre las contribuciones que el enfoque etnográfico puede realizar a la investigación social en general y más especialmente a aquellos estudios que versan sobre el mundo del trabajo y los/las trabajadores/as. La misma se alimenta de experiencias que he atravesado en los

últimos tiempos: la participación en una materia metodológica de grado y en distintos seminarios de posgrado sobre perspectiva etnográfica.

En efecto, en 2004 ingresé a “Metodología y técnicas de la investigación de campo”, asignatura correspondiente a la orientación sociocultural de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en ese entonces bajo la titularidad de Graciela Batallán. En 2009 me incorporé a la elaboración de propuestas de seminarios de posgrado para la Facultad de Filosofía y Letras (Doctorado en Filosofía y Letras y Maestría en Antropología Social de la UBA) y para la Universidad de Tres de Febrero (Doctorado en Educación) junto a integrantes de la señalada materia.¹

Este capítulo abreva asimismo, y de manera muy directa, en una experiencia pedagógica más reciente y concretada bajo modalidad virtual ya que tuvo lugar en pleno contexto de aislamiento debido a la pandemia por Covid-19: el curso “Teoría y metodología en antropología social”, impartido junto a Silvana Campanini para la primera cohorte de cursantes de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Trabajo (FFyL-UBA). Los aprendizajes adquiridos, las lecturas realizadas y las discusiones sostenidas en cada uno de estos espacios docentes y formativos mencionados resonarán, pues, de manera ineludible en las páginas que siguen.²

-
- 1 Agradezco enormemente a Graciela Batallán por su gran generosidad a la hora de compartir la profesión. Hago extensivo el agradecimiento a todos mis compañeros de “Metodología y técnicas de la investigación de campo” por los dieciocho años de trabajo que llevamos adelante en conjunto y, por supuesto, también a los/las estudiantes de grado y posgrado que han enriquecido con su presencia y aportes los cursos efectuados.
 - 2 La temprana muerte de Silvana es un dolor muy difícil de aceptar para quienes compartimos con ella su dedicación al trabajo y su amor por la antropología. Esta querida compañera y sus siempre lúcidas reflexiones también están presentes en este trabajo.

El argumento que interesa desplegar sostiene que la perspectiva etnográfica, como orientación posible, constituye un aporte valioso para la investigación social en tanto quebranta presupuestos positivistas que muchas veces permanecen vigentes y operan —de modo subrepticio o bien explícito— a la hora de emprender una pesquisa. Recorro a la noción metafórica de “desobediencia” para aludir precisamente a esta potencialidad del enfoque etnográfico: no se trata de una simple desatención sino de una problematización, de base epistemológica y contenido teórico-metodológico, de las premisas del positivismo. He tomado de una investigación llevada adelante en la ciudad de Buenos Aires, y del planteamiento conceptual que en ella subyace, la sugerente noción de desobediencia. En su etnografía intitulada *Cuerpos desobedientes*, Josefina Fernández (2004) describe la construcción corporal y la identidad genérica de las travestis como una experiencia que desacata la normatividad heterosexual. Retomo la imagen en relación a la perspectiva etnográfica y a su capacidad para desafiar al positivismo, una matriz que ha dominado por largo tiempo —no sin transformaciones ni debates— las formas de ejercer y valorar la actividad científica.

Para concretar el objetivo propuesto, el trabajo se organiza en torno a tres apartados: en una primera sección se reconstruyen los contenidos principales del positivismo como corriente del pensamiento que ha moldeado fuertemente las concepciones sobre la actividad científica; en la segunda recupero las limitaciones del positivismo que se revelaron de manera práctica a la antropología clásica y avanzo sobre algunos consensos contemporáneos en torno a las contribuciones de la tradición comprensivista; por último, esbozo reflexiones sobre aportes puntuales que el enfoque histórico-etnográfico puede realizar a las investigaciones llevadas a cabo en contextos laborales.

Observar, medir, predecir: acerca de los ideales positivistas de la ciencia moderna

Inscripta en el marco de una historia de las ideas, la obra de Von Wright no solo aborda el significado de diversos procesos involucrados en el pensamiento científico (describir, teorizar, explicar, etcétera) sino que también reconstruye el devenir de ciertos principios que permanecieron —con cambios y discusiones, claro está— como cimientos de la ciencia moderna. El autor se ha centrado especialmente en la revolución científica que germinó en Europa durante el Renacimiento del siglo XVI (con continuidad hacia la Ilustración del siglo XVIII); un período bisagra de renovación intelectual que, con epicentro en las ciencias físico-naturales, redefinió aquello que se entendía hasta entonces por una explicación científica aceptable. Frente a una concepción platónica-aristotélica que sostenía una mirada teleológica o finalista sobre la realidad (proveyendo explicaciones en términos de facultades y potencias asociadas a la esencia de alguna sustancia), la nueva tradición galileana posicionó a la causalidad y el mecanicismo como prototipo de una explicación formulada a través de leyes que relacionaban fenómenos físico-naturales definidos en clave de números y medidas.

Más tardíamente, el despertar decimonónico de las ciencias sociales, el estudio del hombre (según la denominación de la época), su historia e instituciones, inauguraron interrogantes que perdurarían por largo tiempo como debates significativos de la filosofía de la ciencia: cómo se relacionan las ciencias naturales y las disciplinas humanas; cómo procede la explicación en cada una de estas ramas de la investigación empírica. Desde la primera mitad del siglo XIX, la tradición galileana impregnó fuertemente las respuestas a estas preguntas; para un pionero de la sociología como

A. Comte, la orientación de las ciencias sociales se construía a imagen y semejanza de las ciencias naturales. Con bases que se remontaban al empirismo de Hume y Bacon, y también al racionalismo cartesiano, la sociología positiva se construía en torno a premisas claras: unidad del método científico a través de una lógica de la observación/experimentación que trascendía la diversidad de objetos temáticos de la investigación; ciencias exactas y naturales (en particular la matemática y la física) como parámetro metodológico a imitar y a partir del cual juzgar el grado de desarrollo de las demás ciencias; y explicación causal mediante inserción de casos individuales en leyes generales. El positivismo con sus principios rectores vinculados a la tradición galileana (monismo metodológico, tipificación matemática de la ciencia, explicación por subsunción legal) emergió, entonces, en el campo de las ciencias naturales y se extendió a las nacientes ciencias sociales; delineando un programa que ha hegemonizado las formas de racionalidad y producción de conocimiento (Von Wright, 1980).³

El modelo positivista dominante también fue objeto de reflexión por parte de Sousa Santos, para quien el giro cognitivo protagonizada por Copérnico, Galileo, Kepler y Newton representó un aspecto basal del paradigma sociocultural de la modernidad occidental. La ciencia positiva, explicativa tanto de los fenómenos naturales como sociales, se edificó en torno a reglas precisas: escisión entre el sujeto que investiga y el objeto investigado (entre persona humana y naturaleza según la terminología del autor); observación neutral de la realidad por parte del sujeto cognoscente; ruptura entre conocimiento científico, experto y sentido común, y conocimiento

3 Von Wright reconstruye la larga historia que la corriente positivista posee en la filosofía y se detiene en su apogeo de las décadas de 1920-1930 bajo el nombre de "positivismo lógico"; un período que también es extensamente abordado en la obra de Leszek Kolakowski.

ordinario (aquel creado por los sujetos para dar contenido a sus prácticas); formulación de leyes universales a partir de las regularidades observadas —lo que equivale a generar un saber utilitario, instrumental, capaz de predecir comportamientos futuros. Para Sousa Santos (2003), la producción de este conocimiento regulador ha sido un componente insoslayable de la ciencia moderna, la cual destruyó aquellas formas de saber que eran propias de los pueblos colonizados por el proyecto moderno.

La matriz positivista bajo la cual nacieron y se desarrollaron las ciencias sociales durante el siglo XIX ha irradiado hacia el ámbito de la antropología, influyendo —con matices y singularidades— en la versión clásica y naturalista de la disciplina (como el estructural-funcionalismo británico de Radcliffe Brown); una vertiente que en la primera mitad del siglo XX contribuyó fuertemente a fijar su canon metodológico. El naturalismo antropológico reaccionó contra ciertos preceptos del positivismo al tiempo que retomó otros, grises que nos previenen contra la tarea de trazar fronteras rígidas entre las corrientes de pensamiento o de clasificar categóricamente autores. Si bien reconocía que el mundo social era irreductible a leyes causales universales y que no debía ser estudiado bajo procedimientos artificiales o experimentos propios de las ciencias naturales, el naturalismo compartió con el positivismo algunas cuestiones cruciales: la distinción entre sujeto y objeto; la ruptura entre ciencia y sentido común; y la posibilidad de acceder por experiencia directa al mundo social —eliminando los efectos de la presencia del investigador sobre los datos— (Hammerley y Atkinson, 1994; Holy, 1984). En esta tradición conceptual y metodológica fundacional de la antropología (en absoluto monolítica y cuyas diferencias exceden estas páginas), el científico neutral devenía un trabajador de campo distanciado que mediante la observación participante en escenarios exóticos lograba

recoger datos “puros” y no contaminados por el sujeto cognoscente. La observación participante entendida como inmersión física del investigador en un mundo desconocido se convirtió, así, en el abordaje por excelencia para el estudio en contextos “naturales” de las culturas de aquellos pueblos “primitivos” que fueron el primer objeto de la antropología nor-atlántica (Batallán, 1995).

El origen positivista de las ciencias sociales en general y las concepciones naturalistas de la antropología en particular constituyen una herencia histórica insoslayable para reflexionar sobre la orientación metodológica de las investigaciones interesadas en reconstruir empíricamente los procesos sociales contemporáneos; máxime teniendo en cuenta que los ideales positivistas de objetividad, neutralidad y generalización (cuya génesis sintetizamos omitiendo sin duda complejidades) han permanecido vigentes marcando el pulso de la actividad y de los resultados científicamente apreciados. Batallán argumentó que esta persistencia del positivismo se ha traducido en una reproducción de oposiciones excluyentes entre, por ejemplo: explicación versus comprensión del mundo; carácter universal o bien particular del conocimiento construido; abordajes macro/extensivos versus abordajes micro/intensivos; técnicas cuantitativas versus cualitativas. En este último plano, estrictamente metodológico, la persistencia del positivismo se ha reactualizado en la confrontación entre métodos “cuantitativos” y “cualitativos”, donde los primeros monopolizan casi naturalmente el prestigio y el reconocimiento:

... el paradigma positivista, aún vigente, concede carácter de científicidad a la prueba estadística asociada a los abordajes metodológicos “cuantitativos”, a pesar de que dicho paradigma y el modelo

hipotético-deductivo de investigación que le es acorde han sido ampliamente reprobados en el debate teórico-epistemológico. (Batallán, 2020: 200)

Esta diferenciación entre lo *cuanti* y lo *cuali* se ha visto acompañada, pues, por una jerarquización que otorga mayor rigurosidad a los procedimientos de medición (mediante encuestas y formularios estandarizados), en tanto permitirían la extensión de los hallazgos y —fundamentalmente— la anulación de la subjetividad de quien investiga.

Participación e implicación: elementos para repensar la investigación en un contexto post-positivista

Conformada como ciencia en la segunda mitad del siglo XIX de la mano del evolucionismo y con posterioridad institucionalizada como tal, las diversas corrientes teóricas de la antropología de las primeras décadas del siglo XX se unificaron metodológicamente en torno al trabajo de campo mediante observación participante como marca distintiva. Abocada al “nicho del salvaje” (Trouillot, 2011), esta ciencia se vio confrontada a una singular tarea: hacer inteligible, a los ojos de las audiencias occidentales, la racionalidad de aquellas sociedades ágrafas que mantenían una posición subordinada dentro del capitalismo euro-centrado. Para encarar tal desafío, un pionero como Malinowski (1986) no pudo limitarse al uso de la observación y se vio obligado a tomar parte en la vida trobriandesa, a empatizar con sus “informantes” (una denominación indudablemente cercana al positivismo) y aprender la lengua vernácula a fin de captar el punto de vista “nativo”. Las tareas hermenéuticas se revelaron *in situ* como algo impostergable: registrar los acontecimientos

rutinarios del poblado, los imponderables de la vida real (formas de trabajo, cuidado corporal, preparación de alimentos, etcétera) y los eventos excepcionales (ceremonias, ritos, fiestas) para reconstruir el sentido —un término desmarcado del positivismo— de la vida tribal.

Como han notado Batallán y García (1992), la antropología nació bajo una tensión caracterizada por su simultánea convergencia y contradicción con el positivismo: aunque constituida bajo este paradigma hegemónico, la disciplina debió recurrir a una actividad experiencial, subjetiva y afectiva como el trabajo de campo, para comprender las formas de organización social desconocidas que estudiaba. Si bien en la observación participante malinowskiana la participación se limitaba a una mera presencia física que garantizaba la observación neutra, el etnógrafo debía acercarse y trabajar con un material particularmente escurridizo: el ser humano, sus comportamientos y costumbres, sus relatos y recuerdos. La actividad interpretativa se impuso pues al investigador de campo, quien debía documentar formas locales de clasificación, reconocer y traducir categorías inscriptas en el lenguaje coloquial (Batallán y García, 1992).

La obra del antropólogo polaco estuvo influida por las corrientes anti-positivistas del pensamiento alemán, en especial por las formulaciones de Dilthey. Este filósofo e historiador planteó tempranamente (segunda mitad del siglo XIX), en abierta discusión con el positivismo, que los métodos de las ciencias humanas o del espíritu diferían de las ciencias naturales; y desde una posición comprensivista reclamó para las primeras un estatus metodológico propio. Dilthey enfatizó la división entre ciencias nomotéticas (que buscan establecer leyes) y ciencias morales o ideográficas (que generan estudios descriptivos particulares) e introdujo la dicotomía metodológica entre explicación (*erklären*) y comprensión (*verstehen*). En rigor, cabe volver al ya mencionado Von Wright (1980)

para recordar que las ciencias sociales estuvieron desde sus inicios marcadas por la discusión entre las filosofías positivistas y su opuesto. A veces rotulada como idealista, hermenéutica o comprensivista, la reacción antipositivista también incluyó a Simmel y Weber, entre otros autores que rechazaron el monismo metodológico de Comte, rehusándose a adoptar el patrón establecido por las ciencias naturales como ideal regulador.

Dentro de las intensas discusiones epistemológicas y teórico-metodológicas que atravesaron las ciencias sociales durante las últimas décadas, los cuestionamientos al positivismo desde corrientes enraizadas en el comprensivismo se alimentaron de diversos insumos: la crisis de la sociología de Parsons y del marxismo estructuralista (en la versión francesa de Althusser); la recuperación de elementos de las sociologías de la vida cotidiana (tanto en su vertiente norteamericana como europea) y de la orientación crítica de la teoría social; el giro lingüístico de la filosofía y la revitalización de la hermenéutica; entre otros. En las ciencias sociales son numerosos los autores que han abogado sobre la imposibilidad de producir conocimiento en base a la escisión entre sujeto y objeto, la ruptura entre conocimiento experto y ordinario y la anulación de la subjetividad de quien investiga. En esta línea, Giddens (1993) ha señalado que la primera tarea del científico social es captar el sentido común y los conceptos legos involucrados en aquellas formas de vida que se busca analizar, pero no como un saber a ser rectificado sino como un aspecto consustancial al sentido de la acción; algo que se logra mediante la participación entendida como diálogo en contextos de interacción y no a través de una observación externa.

A diferencia de un mundo físico-natural basado en la reproducción de procesos mecánicos biológicamente programados, el mundo social es producto de la acción reflexiva y

lingüísticamente mediada de agentes diestros; accionar que se produce en condiciones histórico-estructurales no elegidas y que genera consecuencias no intencionadas. Mientras que el mundo natural es un objeto incapaz de incorporar las teorías científicas en su actuar, los sujetos sociales se apropian de las mismas y las vuelven parte constitutiva de la racionalización de sus prácticas. Abocadas a un objeto de conocimiento que es un mundo-sujeto, las ciencias sociales establecen una relación entre lenguaje corriente y vocabulario técnico caracterizada por la doble hermenéutica en tanto el investigador interpreta, desde su bagaje conceptual, un mundo previamente interpretado o simbólicamente preestructurado (Giddens, 1993).⁴

En la actualidad, las reflexiones en torno a la centralidad de quien investiga —y sus derivaciones— permanecen en el corazón de las preocupaciones metodológicas. En la experiencia etnográfica, la implicación ha sido señalada como un marco infranqueable en la producción del saber antropológico: el trabajo de campo se despliega en torno a situaciones comunicacionales y relacionales que revelan el carácter ilusorio del distanciamiento objetivista; es a través de la producción del sí mismo en el espacio-tiempo de los otros, de un lugar a la vez impuesto y autoconstruido que el/la investigador/a elabora su perspectiva (Althabe y Hernández, 2005). La neutralidad es discutida, pues, en sus varias dimensiones: en términos epistemológico-cognitivos no hay un vocabulario de observación pura y ya no es posible sustentar la existencia de una realidad disociada del lenguaje del investigador que la

4 En discusión con las posiciones positivistas que defienden la unidad de la ciencia en torno a la metodología de las ciencias naturales, hoy se plantea la misma en un terreno hermenéutico ya que las ciencias naturales enfrentan también problemas vinculados a la interpretación y la comprensión del sentido. Filósofos como Kuhn y Habermas demostraron que en toda actividad científica existe un núcleo hermenéutico irreductible que no es condición privativa de las ciencias sociales (García, 1994).

nombra y describe (Batallán *et al.*, 2015); en el plano social la producción de conocimiento está indefectiblemente mediada por un sujeto que se interroga sobre el mundo desde sus diversos posicionamientos.

Enfoque etnográfico y mundos del trabajo: reflexiones finales a partir de una experiencia pedagógica

En el contexto latinoamericano y en relación al campo de los procesos educativos, el enfoque histórico-etnográfico ha sido sistematizado por Rockwell (2009) como una orientación para la producción de conocimiento sobre realidades particulares. Con raíz en la tradición comprensivista de las ciencias sociales y recuperando de manera crítica los antecedentes de la disciplina antropológica —puntualmente el oficio del trabajador de campo como documentalista/intérprete/traductor antes comentado—, esta perspectiva no se reduce a una técnica sino que representa una opción posible para la investigación social basada en la articulación de fundamentos epistemológicos y teórico-metodológicos. El enfoque etnográfico apunta al estudio de relaciones y prácticas sociales situadas, las cuales son reconstruidas atendiendo a su dimensión estructural y cotidiana, a la tensión entre sedimentación y transformación social.

En congruencia con los principios que sustentan dicho enfoque, la incorporación del seminario “Teoría y metodología en antropología social” en la cohorte 2020 de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Trabajo (FFyL-UBA) no tuvo como objetivo principal entrenar simplemente a sus cursantes en la técnica del trabajo de campo sino propiciar una aproximación a la investigación concebida como trabajo intelectual de largo aliento que contempla procesos entrelazados: la formulación/reformulación de un problema

de interés; el diseño de una estrategia metodológica orientada a su realización (que incluye tanto el relevamiento de fuentes secundarias como la elaboración de fuentes primarias); y actividades permanentes de interpretación y análisis. Reconociendo el carácter abierto y artesanal del oficio de investigador —y de su enseñanza (Bourdieu y Wacquant, 1995)—, la propuesta pedagógica también procuraba promover la socialización reflexiva de las experiencias entre estudiantes y docentes, un trabajo de aprendizajes mutuos planteado en el plano de la cooperación y no de la competencia que suelen imponer ciertas lógicas académicas. Ubicado en el tramo inicial del trayecto metodológico de la maestría, la orientación comprensivista y etnográfica del programa abrevaba en algunas premisas centrales: el carácter intrínsecamente histórico, conflictivo y disputado de los procesos vinculados al mundo del trabajo; la no escisión entre el investigador/a y los sujetos involucrados en las relaciones sociales a estudiar; la necesidad de participar en dichas relaciones e implicarse a fin de comprender el sentido de la acción, y los significados otorgados por sus protagonistas a prácticas contextualmente registradas. En relación a esto último, a lo largo del curso se reflexionó sobre la importancia de realizar un trabajo de campo que evitara la prescripción/evaluación y que revelara su potencial para reconstruir la lógica implícita en los procesos laborales cotidianos (documentados en la escala local-particular aunque siempre en vinculación con la temporalidad de mediano y largo alcance).

Las ejercitaciones y las reflexiones concomitantes que se compartieron a lo largo de los dos meses de cursada resultaron estimulantes y a continuación interesa consignar algunas brevemente. En primer lugar, se logró avanzar en la complejización de ciertas dicotomías que, sin desconocer su utilidad analítica inicial, también pueden resultar simplificadoras de las realidades contemporáneas (trabajo formal/informal,

legal/ilegal, productivo/reproductivo, público/privado, rural/urbano, industrial/no industrial, material/inmaterial, manual/intelectual). En segundo lugar, cabe destacar el reconocimiento de la heterogeneidad de formas de ganarse la vida que coexisten en el capitalismo actual y de la diversidad de experiencias construidas en relación a la clase, la etnia, la edad y el sexo-género (entre otros aspectos). Esto fue fundamental para atender a la pluriperspectiva involucrada en los procesos de trabajo y para prevenir sobre el uso de categorías que esencializan grupos y prácticas. Contemplar la confluencia de múltiples temporalidades en el presente también devino provechosa: desde la larga duración de relaciones-prácticas-objetos que perduran si bien con transformaciones (como la relación capital-trabajo, la venta de la fuerza de trabajo en el mercado o la tensión permanente entre ampliación y restricción de derechos), hasta la construcción cotidiana de polémicas actuales que se expresan en luchas políticas por la nominación, definición y estructuración del mundo del trabajo (discusión en torno a los cupos laborales, la extensión/reducción de la jornada, la edad jubilatoria, etcétera). La atención en los intercambios lingüísticos diarios y en los términos en uso empleados por los sujetos para referirse al mundo del trabajo, tanto en sus contextos laborales habituales como en entrevistas pautadas, resultó una actividad pertinente para la documentación de las prácticas y sus sentidos.

En el plano epistemológico, la centralidad de quien investiga es objeto de reflexión a través de la consideración de su habla cotidiana y de su lenguaje especializado. En relación a este aspecto fue importante sistematizar un trabajo de elucidación de las categorías sociales y analíticas con las cuales cada cursante iniciaba la indagación: tanto las referidas a los sujetos y escenarios particulares involucrados en el tema de interés (trabajadores migrantes de la industria

textil, trabajadoras domésticas de la ciudad de Buenos Aires, trabajadores de la economía popular, trabajadoras sexuales sindicalizadas, trabajadores de la industria del software, trabajadores de viñedos mendocinos); como también de aquellas que aludían a procesos estructurales, a escalas y contextos de mayor generalidad (globalización económica, flexibilización laboral, capitalismo industrial/post-industrial y capitalismo cognitivo, crisis del modelo taylorista-fordista, etcétera).

La elaboración/reelaboración de preguntas de conocimiento abiertas, descriptivas y que invitaran a la participación/diálogo con actores situados (del estilo qué pasa allí, cómo pasa y por qué) resultó otra instancia fundamental; tanto como la explicitación de las respuestas a dichos interrogantes. Estas respuestas conjeturales constituyen anticipaciones de sentido de quien investiga —conocidas también como hipótesis— y son confrontadas a través de la exploración empírica no para confirmarlas o refutarlas sino con objetivos de precisión:

Las hipótesis de los investigadores, por supuesto, generalmente no son las mismas que aquellas que los protagonistas sostienen, pero justamente forma parte del proceso de investigación ponerlas en relación, y de esa manera construir conocimiento relevante, tanto para las comunidades en estudio como para la comunidad académica. (Padawer, 2020: 6)

Estimular investigaciones orientadas a la producción de un entendimiento profundo de los procesos de trabajo, estudios capaces de problematizar los conocimientos del sentido común social y los supuestos iniciales del investigador, constituye un aporte del enfoque etnográfico para la comprensión de este complejo mundo de la vida.

Bibliografía

- Althabe, G. y Hernández, V. (2005) Implicación y reflexividad en Antropología. Hernández, V., Hidalgo, C. y Stagnaro, A., *Etnografías globalizadas*, pp. 71-88. Sociedad Argentina de Antropología.
- Batallán, G. (2020). Antropología y metodología de la investigación. Contribución al debate conceptual y pedagógico. *Revista de la Academia*, vol. 30 pp. 199-219. UAHC.
- Batallán, G., Dente, L. y Ritta, L. (2015). Comunicación dialógica y producción de conocimiento. Abordajes de investigación participante desde la antropología crítica. *Avatares de la comunicación y la cultura*, núm. 9, pp. 1-16.
- Batallán, G. (1995). Autor y actores en antropología: tradición y ética en el trabajo de campo. *Revista de la Academia*, vol. 1, pp. 97-106. UAHC.
- Batallán, G. y García, J. F. (1992). Antropología y participación. Contribución al debate metodológico. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, núm. 1, pp. 79-93.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Cap. "La práctica de la antropología reflexiva", pp. 159-191. Grijalbo.
- Corcuff, Ph. (2015). ¿Qué ha pasado con la teoría crítica? Problemas, intereses en juego y pistas. *Cultura y Representaciones Sociales*, año 9, vol. 18, pp. 63-79.
- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Edhasa.
- García, J. F. (1994). Biología del conocimiento, ciencias naturales y ciencias sociales. *Revista de Sociología*, núm. 9, pp. 7-13. Universidad de Chile.
- Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Amorrortu.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Holy, L. (1984). Teoría, metodología y proceso de investigación. Ellen, R. (ed.), *Ethnographic research: a guide to general conduct*. London, Academic Press. Traducción de la cátedra "Metodología y técnicas de investigación de campo", Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Manantial.
- Malinowski, B. (1986). Introducción. *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Planeta-Agostini.
- Padawer, A. (2020). Contra la devolución: aportes de los conceptos de implicación y diálogo para las investigaciones antropológicas en contextos de gestión educativa. *Papeles de Trabajo*, núm. 16, pp. 1-12. Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós.
- Sousa Santos, B. (2003). *Crítica de la razón indolente*. Desclée de Brower.
- Trouillot, M.-R. (2011). La antropología y el nicho del salvaje: poética y política de la alteridad. *Transformaciones globales. La Antropología y el mundo moderno*. Universidad del Cauca y Universidad de los Andes.
- Von Wright, G. E. (1980). *Explicación y comprensión*. Cap. 1, "Dos tradiciones", pp. 17-56. Alianza.